

AUDIENCIA PRIVADA

Me gusta explicar el sacramento de la confesión como una “audiencia privada” con Dios. Es sugerente: Dios me recibe personalmente, me escucha, me habla y me perdona. Si es así, ¿por qué cuesta tanto acudir a la cita? Animemos nuestra decisión:

1 – El perdón de Dios es inagotable

Este convencimiento personal es fundamental. Así lo atestigua **Dostoievski** en *Los hermanos Karamazov*: “Mientras haya arrepentimiento, Dios lo perdona todo. No hay pecado en la tierra que Dios no perdone al que se arrepiente sinceramente. El hombre no puede cometer un pecado tan grande que agote el amor infinito de Dios. Piensa sin cesar en el arrepentimiento y borra todo temor. Piensa que Dios te ama como no puedes imaginar, que te ama con tu pecado y a pesar de tu pecado”.

2 – El perdón necesita de la humildad

San Josemaría Escrivá indica que esta virtud debe ser el primer paso del penitente: “¡Adelante, pase lo que pase! Bien cogido del brazo del Señor, considera que Dios no pierde batallas. Si te alejas de Él por cualquier motivo, reacciona con la humildad de comenzar y recomenzar, de hacer de hijo pródigo todas las jornadas, incluso repetidamente en las veinticuatro horas del día; de ajustar tu corazón contrito en la confesión, verdadero milagro del amor de Dios. En este sacramento maravilloso, el Señor limpia tu alma y te inunda de alegría y de fuerza para no desmayar en tu pelea, y para retornar sin cansancio a Dios, aun cuando todo te parezca oscuro”.

3 – El perdón necesita de la penitencia

Santo Tomás de Aquino añade que a la humildad la debe acompañar la penitencia: “Es evidente que, si el hombre no hace penitencia, Dios no perdona la ofensa. Para la remisión del pecado contra Dios, se requiere que la voluntad del hombre se cambie, convirtiéndose a Dios, detestando los pecados cometidos y haciendo el propósito de enmendarse. Esto forma parte de la naturaleza de la penitencia como virtud. Por esto, es imposible que a uno le sea perdonado el pecado sin la virtud de la penitencia”.

3 – El perdón necesita valorar los pecados leves

El autor de *Las Confesiones*, **San Agustín de Hipona**, sabe, por experiencia, que las grandes obras se consiguen con pequeños esfuerzos: “Cristo está dispuesto a perdonar a aquellos que reconocen sus pecados... Quien camina en su amor y en su misericordia no se conforma con liberarse de los pecados graves y mortales, como son el homicidio, el robo, el adulterio; sino que obra la verdad reconociendo también los pecados que se consideran menos graves, como son los pecados de mal uso de la lengua, de pensamiento, o de falta de templanza en las cosas lícitas, y viene a la luz realizando obras dignas. También los pecados menos graves, si no se les da importancia y son muchos, producen la muerte”.

4 – El perdón, al fin, necesita la sinceridad con el confesor

La clave del éxito de la confesión está en el diálogo sincero y claro con el confesor. **San Juan de la Cruz** lo explicó así: “Muchos quieren tener el favor de alcanzar las gracias del confesor, cosa por la que ocultan miles de envidias e inquietudes. Temen a aquellos confesores que los valoran poco, se sienten conturbados al decir sin velos sus pecados y los disfrazan, para que no parezcan tan malos, de modo que el que se acusa parece buscar más bien la excusa. Quizá buscan otro confesor para decir el mal, de modo que el primero no piense que tenemos alguna imperfección, sino que crea que solamente hacemos el bien y por eso tienen el gusto de manifestarle siempre la propia bondad”.

Volvamos al confesionario. Dios nos espera para concedernos una audiencia privada.